



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Arturo Mérida.)



—Soy, por mi talento, célebre.
Y además tengo la ganga
de que me confunden muchos
con el duque de Veragua.

SUMARIO

Tsxro: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuestión de vinos, por Juan Pérez Zúñiga.—Artículos, por Eduardo de Palacio.—Á un autor dramático, por Sinesio Delgado.—Así son todas, por Antonio Soler.—La cura infame, por Rafael Torromé.—Palique, por Clarín.—Dos vanidades, por Luis de Amorena.—Proyecto de carta, por Miguel Sawa.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Arturo Mérida.—Afán de honores.—Los turistas.—Preparativos (cuatro viñetas).—Desdichas velocipédicas, por Cilla.



DE TODO UN POCO

El vicio del juego continúa haciendo víctimas.

Muchos jóvenes desenfrenados de suyo buscan un garito donde centuplicar su caudal; llegan, apuntan, esperan anhelantes la carta salvadora, y ¡zas! viene el inspector y levanta el burlote.

Algo de esto sucede en el terreno amoroso. Consigue el hombre

acercarse á la mujer amada, coge entre las suyas su mano de nieve, y cuando va á imprimir en ella un beso apasionado, llega el padre por detrás, y ¡pum! le pega tres bofetadas seguidas, como quien sacude una alfombra.

El hombre, empero, no escarmenta, y hoy acude á una chirlata, mañana á un baile impuro, al otro día á las Ventas, y así sucesivamente, hasta que cae enfermo, y entonces tiene que dejarse poner sinapismos, y le pican, y no cesa de pensar en su mala conducta pasada.

Menos mal si el hombre es soltero y libre, pues hay padres de familia que también se lanzan á los placeres y dejan á los niños entregados á las lentejas, mientras ellos comen lenguado frito y queso de Gruyere de postre.

Todo hombre jugador tiene amortiguados los sentimientos, y abusa de su familia, como hace Sanchidrián, un punto filipino del café del Sopapo que obliga á su esposa á que le planche una camisa todos los días, y le dice imperativamente desde la cama:

—¡Pepa! ¡Pepasa! ¿Estás sorda? Recósemelos botones del chaquet azul, por si tengo que andar á cachetas con algún griego.

—¿Vas á la guerra.

—Me refiero á los griegos del círculo. En cuanto me echen dos contrarias armo la gran bronca.

—Acuérdate de que tienes hijos.

—¡Que se mueran!

—¡Jesús!

—¡Cállate ó te tiro una botella! ¿Qué tengo para almorzar?

—Tortilla, merluza, chulet,...

—¿Y langostinos?

—No los he encontrado.

—¡Se buscan!

Y descarga un puñetazo sobre la mesa de noche, derribando la palmatoria y dos barajas á medio marcar.

* *

Mientras el padre almuerza como un príncipe ruso, los chicos andan por la casa en las puntas de los pies para no turbar la digestión del tirano, y se contentan con oler las chuletas desde el pasillo y relamerse á solas.

Pero como en el mundo juzgamos por las apariencias, y Sanchidrián es hombre de buen ver, hay personas que le agasajan y adulan, hasta el punto de decir:

—¡Qué buena persona es este Sanchidrián!

—¡Y qué mirada tiene tan dulce!

—¡Si viera usted qué hijos tan hermosos le ha dado la Providencia!—replicó yo.

—Debe de ser un padre excelente.

—Si, señora; mantiene muy bien á sus hijos.

—¿Con el sudor de su rostro?

—No, señora, con cordilla.

* *

No todos los jugadores son como Sanchidrián en lo que respecta á la alimentación y aseo de sus hijos.

Ahí está Garduña, el resplandeciente Garduña, que ama á su chiquitín más que á todas las cosas de este mundo, y se lo lleva consigo á la casa de juego y le pregunta cariñosamente, como sólo sabe hacerlo un padre:

—Monito, ¿á cuál quieres que apunte? ¿Á la *solita* ó al *asito*?

—Al *as*—contesta la criatura con la inocencia de los cinco años y tres meses.

Pero viene la *solita* en vez del *asito*, y entonces Garduña le larga un metido á su retoño por debajo de la mesa, diciéndole con acento iracundo:

—¿Lo ves, animal? ¿Ves lo que has hecho por meterte á aconsejarme?

Si viene la carta de Garduña, éste coge al chico por debajo de los brazos y lo aprieta contra su corazón, colmándole de besos.

En seguida sale y le compra un reloj de oro fino y á la mamá una pulsera, y él no se retira á su casa sin una buena sortija.

Por algo le llaman el «resplandeciente», pues es hombre que va echando chispas por los dedos y por la corbata y por los botones de la camisa. Pero llega la mala, ó lo que es lo mismo, Garduña pierde seis ó siete cartas seguidas, y lo primero que hace es coger el reloj del chico y llevarlo á empeñar. Después se va á su casa y entra diciendo:

—¡Úrsula!... ¡Úrsula!... ¿Donde estás metida?... Á ver, trae acá la pulsera y tenme preparado tu vestido de gro por si hace falta... Hoy se dan contrajudías exclusivamente... ¡Maldito sea!

Y acaba por empeñarlo todo... todo menos aquellas alhajas que le dan brillo y le han conquistado un glorioso sobrenombre entre los aficionados á baratijas.

—¡Oh, el juego! ¡El juego!...

* *

El vicio de la bebida es también horripilante.

Nada más feo que ver á un hombre con la mirada revuelta, el labio caído y el gabán desabrochado, haciendo eses y faltando á la reunión.

Bueno que el hombre beba vino y tome una copita ó dos del riquísimo *Anís Cavia* que expenden en la calle del Desengaño; pero que abuse del vino y del anís es cosa repugnante y que suele traer malas consecuencias.

Hay quien se emborracha y se va corriendo á su domicilio á pegar á su señora; hay quien provoca á todos los transeuntes, y hay quien, por el contrario, en cuanto tiene una copa de más se siente «amoroso» y adora á las mujeres y adula á los hombres.

Tuve yo un amigo que cogía unas *cogorsas* horribles y le daba por abrazar á todas las hembras que pasaban á su lado.

Una noche, al retirarse con la *tajada*, no teniendo á quién abrazar, abrazó al sereno, y éste, rojo de vergüenza y herido en su honra, levantó el chuzo y se lo rompió á mi amigo en la cabeza.

Á este triste fin conduce el vicio de la embriaguez.

Luis Taboada.

* *

Cuestión de vinos.

Es el *Pelote* un hombre de clase humilde, que, como cerrajero, no tiene tilda. Trabaja y vela, y mantiene á sus hijos y á su *Pelote*.

Más, por si esto era poco, mantiene el vicio que comúnmente tienen los de su oficio: no vive á gusto sin empinando el codo más de lo justo.

Yo no sé de qué modo se las gobierna; cuando va los domingos á la taberna, nadie le mueve, y hora tras hora pasa bebe que bebe.

¡Pero vaya un vinito, Virgen divina! Sólo tiene campeche, yeso y fuschina y agua del pozo. ¡Conque ustedes calculen si hará desastros!

Y el *Pelete*, que de ello
bebe sin tasa,
no sólo haciendo eses
llega á su casa;
va tan repleto,
que hace todas las letras
del alfabeto.
Pero no insulta á nadie,
ni arma pendencias;
sólo hace cortesías
y reverencias,
aderezadas
con abrazos y chistes
y risotadas;
tanto, que la *Peleta*
no se condeue
de tener un marido
como el *Pelete*,
pues su salero
da alegría á la casa
y al barrio entero.
El mismísimo vicio
tiene un cristiano
que es dueño de la casa
del artesano;
señor muy fino,
que atiende por el nombre
de Saturnino.
Dicen que es opulento
capitalista,
y tan corto de alcances
como de vista;
pero no es corto
para beber Burdeos,
Jerez y Oporto.

De Champagne hace un gasto
morrocotudo,
y se lo echa un criado
con un embudo
por el gazarate,
cosa que tiene visos
de disparate.
¡Qué curdas más hermosas
coge á diario!
Siempre le tiene en ascuas
al vecindario.
Da muchas voces,
y al que le contradice
le muele á coces.
Sus amigos e temen,
pues es persona
que le pega á cualquiera
cuando se amona.
Como que en Mayo
le rompió tres costillas
á su lacayo.
Vive, en fin, hecho un zaque
bebiendo gloria,
mientras tanto, el *Pelete*
vive entre escoria
y el cuerpo llena
de un vinazo asqueroso
que le envenena.
Y ésta es la anomalía:
que el mundo entero
dice de ambos borrachos
que el cerrajero
tiene buen vino,
y que lo tiene malo
don Saturnino.

Juan Pérez Zúñiga.

¿Artículos?

¿Poesías? ¿Chismes ó menendencias?
Lo que usted quiera, D. Sinesio, lo que usted quiera.
¿Que no quiere usted?
¡Imposible! MADRID CÓMICO necesita plumas, variedad de plumas (y pelos), firmas nuevas ó firmas venerables, como, por ejemplo, algo del conde de Cheste ó «cositas» de Gruyere ó de Roquefort.
Le remito á usted cuatro artículos, casi de actualidad.
Uno del teatro griego de *Esquileo*; otro de la influencia del alcohol en las clases medias; otro del uso de «las adormideras y otros narcóticos» en sociedad, y otro, ó mejor dicho, otra, porque es silva ó silba toda, desde la primera hasta la última línea.
Entiendo que no todos podrán salir en un número, como no suprimiera usted la crónica de viajes que publica y diese, por excepción, un suplemento con mis trabajos (forzados), lo cual que le convendría al periódico.
Porque á los periódicos, bien sean políticos ó bien literarios ó bien de toros, «ó sea científicos», les van muy bien artículos de miga (miga, sola) aunque apacibles en la forma, y «grasiosos» á la par (ó salvo la parte).
Créame á mí: déjese de publicar ciertas frivolidades que no van á parte alguna, y aquí estamos yo, Carulla y otros escritores de trascendencia.
Conque aguardando su respuesta, queda en Cuevas Bajas, á... tantos (ó á tontos) de...
¿Qué va á ser, D. Sinesio? ¿Artículos? ¿Coplas? ¿Café con tostada?

(Modelo número 1.)

Yo creo que el MADRID CÓMICO debería publicar noticias interesantes; mucha información.
La información es la vida de los periódicos y de las clases, lo mismo medioavales que obreras, y altas que gruesas.
Las cotizaciones de Bolsa, el movimiento natural y el mercantil y el industrial de los pueblos de uno y de otro sexo.
Interiores de Bolsa y bolsistas conocidos, vistas del Banco de España y funcionarios importantes, y del Banco de París y del Banco de Londres.
Cuando haya reo, mande usted á un dibujante y á un redactor al patíbulo, y que se enteren de todo al pormenor y que tomen precauciones ó sea apuntes, para publicarlo todo con extensión.
Esto es muy interesante para varias clases... de adorno.
Ustedes creen que la literatura interesa á todas las gentes y es un error.
No digo yo que disguste á los lectores de MADRID CÓMICO lo que escriben *Clarín*, usted mismo—fuera modestia,—Taborda, López Silva, Ansorena, Pérez Zúñiga y otros; no, señor.
Pero donde está un buen trozo (de pavo trufado) de prosa sería, una página rellena de letras, referente á la jornada de ocho horas,

defendiendo los intereses de las personas acomodadas, por ejemplo, no hay bromas aceptables.
Por lo demás, nada cuesta á usted probar fortuna y seguir mis consejos.

(Modelo número 2.)

El pensamiento y, hasta ahora, la publicación de *Madrid en fin de siglo*, merece mi completa aprobación, y le felicito con toda mi alma.
El testimonio puede parecer sospechoso, por cual lo soy entusiasta suscriptor del MADRID CÓMICO, desde principio de siglo y pienso llegar suscrito hasta fin del mismo y del otro, si no me lo impidiera el compromiso de morir.
No soy yo solo, sino todos los amigos que tengo en esta localidad, suscritores como yo, pensamos lo mismo del periódico... y en política y somos correligionarios de usted, Sr. Delgado.

(Modelo número 3.)

Desde *Eritaña House*:
Brindamos por usted, por *La Madre Pino abadesa* y por Gilla y por MADRID CÓMICO, y me quedo corto.

(Modelo número 4.)

Conque váyase lo uno por lo otro.
Por eso nunca he sido yo propietario de periódico.
Ni de fincas urbanas, ni de fincas rústicas.
Por mor de las molestias que ocasionan.

Eduardo de Palacio.

AFÁN DE HONORES



—Pero ¡Dios mío! ¡No hará falta un gobernadorcillo para Filipinas. Porque yo estaría divinamente con sombrero de copa y los faldores de la casa para afuera.

Los tourístas.



—Estas guías están mal. En vez de señalar los palacios en que nacieron y murieron los reyes y los obispos, debían indicar las casas en que viven las mujeres guapas. Eso sería más interesante.

A un autor dramático.

Nicanor, haces mal. La muchedumbre tiene tendencias á estragarse el gusto, y más que con el arte verdadero disfruta revolcándose en lo inmundo.

A los tranquilos goces del espíritu prefiere la algazara y el barullo, contorsiones de clown descoyuntado, que es más gracioso cuanto más estúpido.

Halagarla es un crimen. Permitirla que en lugar de seguirle marque el rumbo, es concederle autoridad y fuerza que no debe tener, que nunca tuvo.

Convertir las personas en muñecos, desquiciar á sabiendas los asuntos es demandar aplauso y carcajada con vanidad pueril; rendirse al lucro.

El que impone su gusto es el que triunfa; ¿cómo podrá satisfacerte el triunfo que logres sometiénndote á las masas, que con razón te probarán que es suyo?

El autor, en la escena debe ser el señor, dueño absoluto que sale á dominar con el ingenio, no á demostrar su adulación al vulgo.

Cuando éste se extravía, cuando toma caminos tortuosos é inseguros, hay que intentar salvarle, aunque el intento se pierda entre sibidos y murmulos.

Ponte en la brecha, Nicanor. Batalla siempre con bríos, sin cejar un punto, y pinta caracteres y pasiones; lo cómico, ó lo triste... ó todo junto.

Y si nada consigues, si te arroja la omnipotente necedad del público, vuelve firme á la carga y no te apures, que otro vendrá detrás, y luego muchos...

Sinesio Delgado

*

¡Así son todas!

—¡Qué calma más deliciosa!
¡Qué cuadro, Inés, más preciosos!
Las chozas allá á lo lejos,
el ancho mar en el fondo
y aquí en la cumbre la iglesia
y el campanario sonoro
y los nogales que ofecen
carifosa sombra al pórtico.
Escucha, Inés, cómo vibran
las armonías del órgano;
envueltas van entre preces
subiendo al excelso trono.
Dentro, el altar venerado
de la Virgen del Socorro...
Mas dime, Inés, ¿tú en qué piensas
que al suelo bajas los ojos?
—En que no debí quitarle
á esta falda los adornos.

Antonio Soler.

La cura infame.

Hallóse don Juan Gascón en tal pobreza sumido y en tan extrema aflicción, que, á fuerza de estar perdido, llegó á perder la razón.

Y siendo el hombre inclinado á imaginar lo que ansía, Juan, loco y arruinado, padeció la gran manía de ser rico y potentado.

Llamaba fiel servidor al implacable loquero, y pensaba que el doctor le negociaba el dinero por ser su administrador.

Del manicomio decía que era su alcázar ducal, de tan singular valía que á las piedras del portal las llamaba pedrería.

Los harapos y jirones, entre cuyos huecos daba colosales tiritones, ricos trajes los juzgaba con brocados y blasones.

Y á la bazonía podrida, que apenas daba sustento á su miserable vida, llamaba rico alimento y succulenta comida.

El eminente Galeno que del enfermo cuidaba logró, al fin, ponerle bueno, más bien por lo que él ganaba que por el provecho ajeno.

Y la infame curación fué terrible desengaño, que dió al loco la razón para que viera su daño, su pobreza y aflicción.

Entonces vió condolido marchitas sus ilusiones, vió su alimento podrido, que eran manchas sus blasones y guñapos su vestido.

Prostrado cayó en el lecho, donde, con grande amargura, dijo, en lágrimas desecho:
—¡Al quitarme mi locura qué grave daño me han hecho!

Hallo mi dicha perdida y eclipsado mi contento. ¡Adiós, demencia querida!
¡La razón es el tormento más odioso de la vida!

Al que imagine ficciones que galaguen su corazón, dejadle sus ilusiones, ¡y no amarguéis su razón con inhumanas razones!

Rafael Ferrer.

*

PREPARATIVOS



—De un momento á otro empezarán á llegar los forasteros. Hay que adoptar un aire de despreocupación y de desprecio á los monumentos públicos, para que comprendan que soy indigena.



—Á ver si viene este año aquel primo de Adela que tiene cuatro pares de mulas. Porque de seguir así no voy á tener mas remedio que agarrarme á la labranza.



—Con este traje me presentaré en la corrida del 15. Y en seguida pensarán todos los de Valdearábanos: «Este tío sí que es inteligente!»



—Chico, me mudo de casa.
—¿Por qué?
—Porque se me van á encajar aquí mi tío Manuel y toda su familia, y quiero darles la sorpresa de que no me encuentran.

PALIQUE

«De Martínez Ruiz habría mucha que hablar, y hablaré en otra ocasión. Por hoy vaya esto, en resumen:

Martínez Ruiz es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles; pero él es un mozo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad, y eso de *Charivari* es un capricho que no crea el lector que anuncie una colección de galicismos. Lo que siento en el alma es que, siendo Martínez Ruiz amante del idioma y de los clásicos, como él ha declarado, diga los horrores que dice de Pereda y de Balart. Niega que yo admire sinceramente a Balart. Pues está usted muy equivocado; le admiro de todo corazón, y más cada vez, y lo juro.

También está mal este joven despierto y muy ilustrado, con la familia, según es, y con el cristianismo, etc., etc.

Pero no me asustan estas ideas. He visto el retrato de Martínez Ruiz; es casi un niño. Además, él mismo confiesa que padece de los nervios... Pasará el sarampión, que acaso es salud, y quedará un escritor original, independiente, y mucho más avisado que esos *Nominavitos* que andan por ahí parodiando a Menéndez y Pelayo.

Sin embargo, yo no me he atrevido a escribir un prólogo para su libro *Pasión*, próximo a publicarse. González Serrano lo va a escribir. Veremos cómo sale mi querido maestro del compromiso de presentar al público a un hombre que estampa las enormidades morales, sociológicas, religiosas, etc., que se le ocurren a Martínez Ruiz.

Hoy por hoy, este *refractario* es un autor vilando, dicho sea con toda formalidad.

¡Pero se ve tan claramente que es un corazón de oro y una inteligencia clara, noble!

Le falta el equilibrio... y huir de las malas compañías. Esos bohemios recalentados son nauseabundos! Créame usted, simpático joven. No se junte usted con la *gente nueva*; busque, busque a la *novísima*.

* *

Todo eso que va entre comillas (y perdone el marqués pladoso tan irreverente pacotilla) lo he copiado de alguna parte. Pero no es plagio... porque es mío. Era el final de cierto artículo que saltó, sin ese final, en otra parte. No era oportuno publicar eso, donde iba a publicarse, el día mismo en que la autoridad, según lei en *Urrecha*, recogía *Charivari*; y cuando, por causa de las atrocidades que el autor se atrevió a estampar, se sucedían disgustos de carácter privado.

No podía publicarse lo entrecorado... sin añadir algo, y como no era tiempo de añadir nada mejor fué recoger vales interinamente, y dar a luz ahora todo lo dicho... añadiendo ésto que falta:

* *

Soy el primero en censurar todo eso que en el libro de Martínez Ruiz ha sido objeto de universal escándalo. Aparte de ciertas *inauditas*, que he leído con espanto, pero que no me han llegado al corazón, porque se trata de personas a quien no trato, hay en *Charivari* errores y apreciaciones injuriosas referentes a hombres para mí sagrados, porque son algo más que maestros, como *padres espirituales* de los más hondos sentimientos artísticos de mi alma. Ojalá ellos no sepan de tan desventurados pasajes; pero no menor que su indignación sería, si de ellos supieren, fué la mía al leer tales absurdos.

Mas yo invocó la caridad *real*, de que sé a ciencia cierta, de los ofendidos, y me atrevo a preguntarles:

¿Se puede, en todo caso, gritar *hombre al agua*? Cuando uno muere en un barco... *al agua*. Pero, ¿y si el muerto... no está muerto?

* *

Suponiendo lo peor, que lo hecho por Martínez Ruiz sea un crimen... literario, por lo menos ¿se le ha de tratar como a un perro, hemos de lincharlo? ¿No se le ha de conceder lo que se concede a los procesados por delitos comunes, siquiera?

Es muy fácil gritar: un naufrago; hombre al agua; está perdido.

No; Martínez Ruiz no está perdido, porque su libro mismo revela, *quad méme*, un hombre de talento, y todos los escritos del, para mí, extraviado escritor, hablan, aun entre implacidades y absurdos sociológicos, de un corazón sano en el fondo.

Es un caso de patología... literaria.

Se le ha sorprendido con una bomba cargada de tinta explosiva... pero no es un malvado.

Es un escritor de talento y un hombre honrado... que no sabe el mal que ha hecho.

Le ha defendido, entre necesarias explicaciones, Urrecha, y ha hecho bien.

Le ha defendido, entre censuras indispensables, un discreto colaborador de *La For Cantabra*, y ha hecho bien.

Le defendió yo, en el sentido que se va vilando... y cumplí con lo que me manda la conciencia.

Extraviado sí; desahuciado no.

Andan por ahí hieras correctas y mansuétas, ortodoxas y de guante blanco, que causan mucho más daño y que son enfermas de malicia, incurables.

Martínez Ruiz ha cometido *la locura* (otro más orgulloso en el fondo, no me perdonaría esta palabra; él, que estoy seguro que penetra mi buena intención, espero que sí), la locura de poner en letras de molde el virus miserable que otros muy prudentes, van llevando de corrillo en corrillo, de café en café.

Lo que no puede imprimirse, piensan muchos que es lo que ha impreso Martínez Ruiz; sin reparar que es, además, lo que no debe *de leer ni pensarse*.

Ha sido un *enfant terrible*.

Si reincidiera, ¿quién se atrevería ya a defenderle?

Pero si no reincide, como tiene talento y en la parte del alma *no literaria, salud espiritual*, según creo, se puede esperar que sus trabajos futuros, sin ningún escándalo, sin horrores religiosos y morales, contengan el cumplimiento de lo que hasta hoy ha prometido, el *anarquista* casi infantil, en punto a buenas cualidades.

Trabajos enteros hay de Martínez Ruiz en que nada de tal impiedad y demás horrores se advierte.

Por eso yo alabé en *La sarta*, de Barcelona, un artículo en que M. Ruiz pintaba de mano maestra al *chico de la prensa*, crítico de teatros.

No podía yo sospechar que quien escribía aquello (lo primero cuyo que yo leía) iba después a blasfemar y a... ¡demonio de muchacho!

* *

Resumen: si á condenar fuéramos, por lo vilando de todas esas cosas de *Charivari*, yo sería el burgués más indignado, el inquisidor más *flamígero*.

Pero no quememos el libro, aunque lo merezca; porque dentro hay una honra literaria que no merece el fuego; y que tal vez un día, si hoy se le hace justicia verdadera, esto es, caritativa, nos dé un escritor talentado, templado, noble, que será el primero á condenar estas... atrocidades de ahora. Si la crítica estuviera en estado de *vicio*, no escapaba Martínez Ruiz sin los cuatro tiritos.

Pero, como no lo está, no hay para qué ser *sumarismos*.

Ya sé yo que este criterio mío disgustará á muchos cristianos, que imitan al *Divino Pastor* en lo de ir con el cayado tras la oveja descarriada. Sólo que el *Pastor* divino volvía con la oveja entre los brazos, y estos *rabadanes* le tiran el cayado á la cabeza, ó por lo menos la dejan perniquebrada.

Claro.

* *

Dos vanidades

ELLA.

«No era esto lo que pensaba!
¡Pronto se deshizo el sueño
que forjaba un porvenir
de dicha y encanto lleno!
¡Cómo, cruel, poco á poco,
fué desdibujando el tiempo
las imágenes creadas
al calor de mis deseos!
Ansiba mucho... La vida
da muy poco... y nada tengo.
¡Dios mío!... ¡Éste es aquel hombre
que á impulsos de un amor ciego
y esclavo de mi belleza
lloraba á mis pies diciendo:
«¡Toma, mi vida, pero antes
déjame que estampe un beso
en esos labios de grana
que para besar se han hecho!»
¡Él que por llamarme suya,
sin desmayos en su esfuerzo
ni descanso en la fatiga
que aniquilaba su cuerpo,
trabajó con el afán
que da el amor verdadero,
para poner á mis plantas
el fruto de sus desvelos!...
¡Pues juro, por la memoria
de mi madre, que no entiendo,
si es él, cómo puede un hombre
sufrir cambio tan completo!
Si en la singular belleza
que él deseó con tal fuego
su huella implacable y ruda
hubiera dejado el tiempo,
comprendería el motivo
de su feroz menosprecio;
pero si todas las lenguas
la ensalzan como un portento

y en los ojos que me miran
loca admiración yo veo,
¿cómo explicar que los suyos
no vean ya lo que vieron?
Mi vanidad de mujer
hermosa sufre con esto,
y entre ambos su indiferencia
un hondo abismo va abriendo,
pues, aunque todos repiten
que tiene mucho talento,
él desprecia mi poder
y yo su poder desprecio!

ÉL.

«Me engañé! Pudo el amor
ocultarme sus defectos,
mas la intimidad del trato
los puso de manifiesto;
ni como yo pienso, piensa,
ni siente lo que yo siento.
Cuando todo el mundo admira
la fuerza de mi cerebro
y del general aplauso
llegan hasta mí los ecos,
ella sólo desconoce
lo que valgo y lo que puedo,
y en el corazón me hiere
con sus sarcasmos sangrientos...
Tal vez quiere como esclavo
al que nació para dueño,
y que á la carnal belleza
se rinda y se humille el genio...
Si es así, ¡vive Dios que
se engaña de medio á medio,
porque, aunque á coro la alaban
unos cuantos majaderos,
pues desprecia mi poder,
también su poder desprecio!...»

Luís de Aneciana

Desdichas velocipedicas.



—¡Qué lástima! ¡Ahora que iba entrando en calor se me ha picado el neumático!

Proyecto de carta. (1)

Encontré esta carta en un libro viejo que compré no recuerdo dónde. Y como creo que la tal epístola merece ser leída, me permito reproducirla, y que su autor, si por casualidad leyere estas líneas, me perdone la indiscreción.

«Proyecto de carta que escribiré algún día si tengo valor para ello:

Usted no me conoce bien, señora; yo tengo el valor de las grandes cosas y el miedo de las pequeñas. Por eso soy yo, y no usted, quien se atreve á escribir esta carta.

Escúcheme usted... (En estos momentos, ya que acabo de concederme patente de valentía, tiemblo de pavor y me dan tentaciones de romper esta epístola, aun antes de concluiría.)

Pero no, escúcheme usted, señora; es preciso que siquiera una vez—una vez sola!—hablemos lealmente y salgan de nuestros labios palabras de verdad.

¿A qué continuar engañándonos? Sí; tengamos el bárbaro valor de la sinceridad. ¡A ver si me atrevo á escribirlo! ¡Animo! ¡Ea, ya está dicho! ¡Señora, hemos dejado de querernos! Nuestro amor comenzó como comienzan todos, en un beso, y acaba como acaban todos, en un bostezo.

¿Se acuerda usted todavía de la noche en que nos dimos cuenta de nuestro enamoramiento?

Fué en casa de la duquesa de X... ¡Gran fiesta la que en obsequio á sus numerosos amigos dió la noble dama!

Yo fui durante toda la noche la pareja obligada de usted, y ya á última hora bajamos al jardín á respirar el aire fresco de la madrugada, huyendo instintivamente de la concurrencia.

El jardín estaba casi solo. Tal ó cual pareja más ó menos amorosa, y pare usted de contar.

Nosotros fuimos á buscar refugio en un elegante cenador, donde, según malas lenguas, solía la duquesa dar cita á sus amantes, en las noches calurosas del verano.

Nos sentamos el uno al lado del otro, sin hablar palabra, algo intranquilos por la emoción.

Yo estaba en aquellos momentos completamente loco. Sí, aquélla fué una brutalidad, lo confieso. De pronto, sin poder contenerme, en un acceso furioso de deseos, la estreché á usted entre mis brazos y la basé frenético en la boca...

¡Dios mío, qué delicioso momento aquél, y con qué satisfacción lo recuerdo aún, á pesar del tiempo transcurrido!

Usted, indignada, se puso en pie.—¡Caballero!—Yo al pronto no supe qué decir.—¡Señora!—Y debía de revelar en mi actitud tanta confusión, tanto espanto, que usted no pudo menos de sonreírse. Entonces yo, aprovechándome de aquel momento de debilidad, le cogí á usted una mano que llevé á mis labios.

—Sí, ya sé que no merezco perdón... ¡Soy un miserable! Pero estaba loco, pero estoy loco... No soy, pues, responsable de mis actos. Ni sé lo que he hecho, ni sé lo que me digo. ¡Perdóneme usted!

Iba á arrodillarme á sus pies, pero usted me contuvo con un ademán.—¡Imprudente! ¡Podrían habernos visto!—Y volvió usted á sonreírse. ¡La batalla estaba ganada!

¡Qué felices fuimos desde aquella noche! ¿Se acuerda usted, señora? Pero después...—¡Oh mezquindad del amor humano!—Después... Pero ¿á qué hablar de estas tristezas? Sí, hemos llegado á cansarnos el uno del otro, y en la pira de nuestro amor ya no hay más que cenizas.

La otra noche, después de un acceso de pasión, vi que contraía usted su graciosa biquita con la mueca de un bostezo. Y yo, desesperado... ¡bostecé también!

En aquel momento trágico comprendí que todo había terminado entre nosotros.

Dimos vida á nuestro amor en un beso, y le matamos en un bostezo. ¡El triste fin de todos los amores, de que le hablaba á usted antes!

Y por eso ha llegado al momento de la separación—¡momento cruel!—y le escribo á usted esta carta.

Sí, ya le decía á usted que yo tengo el valor de las grandes cosas y el miedo de las pequeñas.»

Miguel Sarva.

(1) Del libro en prensa *Amor*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un admirador.—La intención la salva. Voy á publicarla íntegra:

«Oh, insignie Polavieja
que vienes de Filipinas
esa tierra indigna
y que pacificada deja.
Vencistes á los tagalos
y tomastes á los
y quien como tú
vencistes á los malos.
Adios ilustre general
la nación te saluda
que todo el mundo acuda
y yo te saluda en especial.»

¡Eso es lo que se llama dar al vencedor de Cavite un plato de gustol
Geraldino.—Candorosísimos todos. Y además, fijese usted:

«Devuélveme vida mía
el ósculo que me debes
porque peca mortalmente
quien con lo ajeno se quede.»

Los tres últimos son asonantes y... eso no puede ser, ¡carambal
Sr. D. A. E.—Es muy mediana, mucho. *Dilemas y penas* no han co-
metido la indiscreción de ser consonantes.
El tío Barandales.—Buena, ¿y qué? Porque, como usted comprende
eso no pasa de ser un piropo que no dice nada.

Sr. D. E. M.—Detallemos, pues. Lo de que el soldado español se bate
con entraña no se sabe lo que quiere decir, porque *entraña* no puede ser
sinónimo de coraje. Lo de demuestra su *arresto*, ídem de lienzo, porque
¿qué es *arresto*? Y los versos: «pues demuestras ser el único soldado» y
«antes que ver ultrajada tu bandera son más largos de lo que deben. No
debe uno dejarse arrastrar por el amor á la patria hasta ese punto.

Nicomedes.—Sí, señor, sí: en mi *fuero interno* creo que es usted un
guazón de primera fuerza.

Un cadete literario.—No, pues lo que es por medio de la poesía no va
usted á romper el *lugo*, como usted dice.

Un hijo de la Patria.—¡Cristol ¡otro soneto á Polavieja! ¡Nos ha caído
que hacer con la toma de Cavite Viejo! Y... ¿de veras cree usted que se
llamaba Marselles el autor de la *Marsellesa*?

Hache.—¡Pero si no están bien medidos todavía, ni muchísimo menos!
P. ta. K.—¡No le parece á usted que el cuento casi no tiene gracia?

Pocapena.—Si se ahonda un poco en el asunto, resulta que aquello del
bicho es una atrocidad.

Una amiga del as la burra de Balaam.—¡Ay, señora mía! ¡Qué ganas
tienen algunas de perder el tiempo!

Sr. D. A. G.—Un poquito pedestre el romance y un muchito sucio el
chiste final... dado que lo sea.

Petoquilla.—No; ofender no ofende usted á nadie absolutamente. Pero
hay que huir como del fuego de esa especie de humorismo ñoño.

Bombadina.—Pues si ésa es la mejor de su cuaderno...
¡que se vayan las otras al infierno!

Sr. D. V. Ch.—¡Carambal Aunque lo que se escriba sean *vaguedades*, no
hay que poner sílabas de más. Porque eso ya es un vagar que se pasa de
ameno.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MARY RÍO
Y MARISCOS
Marca LA NOYESA

Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera
de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y
principales ultramarinos.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

[Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
Extranjero y Ultramar por menos de un año.Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se
acompaña el importe.Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus
pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de
franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en
este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

a corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

a los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento
alguno de precio.A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin
de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan
satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis
Cambray, calle Ribadavia, 612, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Libertad, 11 des. 4